

De Rebelde A Revolucionario

Por Richard Levins

I. La Nueva Izquierda.

Estamos pasando por un periodo de auge en el radicalismo puertorriqueño. Este se manifiesta en las formaciones y combinaciones de organizaciones nuevas, en la evolución rápida de ideas dentro de ellas, en el renovado interés en la política revolucionaria entre la juventud, y en la nueva preocupación del gobierno y de la prensa, pidiendo su supresión.

La nueva izquierda tiene, sin duda alguna, elementos de continuidad con los movimientos del pasado. Parte de su matrícula ha pasado por el Partido Nacionalista o el Partido Comunista y hereda de éstos ciertas costumbres, ciertas maneras de pensar y cierta terminología. Pero la mayoría de la nueva izquierda es nueva en la política y la tendencia en general no es producto del viejo radicalismo organizado. Su aparición, ahora, responde al juego de tres condiciones:

1. La bancarrota del régimen actual. Para la nueva generación los logros positivos del Partido Popular pertenecen ya al pasado; sus fracasos – el estancamiento del ELA, la nueva invasión del monopolio norteamericano en todas las ramas de los negocios, la verbosa auto-alabanza de las agencias oficiales, la desmoralización del liderato Popular, su esterilidad intelectual y su timidez moral – son, sin embargo, evidentes.
2. El cambio en el panorama internacional. El desarrollo constitucional de las Antillas inglesas y otras áreas coloniales nos ha dejado atrás. Muchos países recientemente liberados han tomado caminos por lo menos en parte socialistas. Ya no es posible juzgar la actualidad comparándola solamente con el pasado – hay que comparar nuestro camino de desarrollo con otras alternativas. Aún más, con el resurgimiento de la izquierda latino-americana y el impacto de la revolución cubana, el puertorriqueño radical es, quiérase o no, parte de una lucha mundial antiimperialista y la lucha por la independencia legal, quiérase o no, tiende a fundirse con la lucha por la transformación social en un movimiento de liberación nacional.
3. La incapacidad evidente de los movimientos tradicionales de la oposición, tanto radicales como “moderados,” de asimilar la experiencia nueva ha obligado a la nueva generación a buscar teorías, programas y organizaciones nuevas.

La nueva izquierda pretende trascender las limitaciones de los movimientos del pasado, liberándose del dogmatismo estéril, de la tendencia a transición flúida, experimentando, cambiando sus ideas y métodos, estudiando. Se encuentra en el proceso de transformarse de un gesto rebelde que designamos “el movimiento 31 de febrero,” en una corriente revolucionaria seria.

Este proceso – transformación de rebelde a revolucionario – ocurre dentro de organizaciones y dentro de los individuos. Por eso vemos en la actualidad un panorama muy heterogéneo: elementos de rebeldía romántica junto a trabajo serio, consigna revolucionarios y sentimientos obsoletos, ideas no asimiladas y programas contradictorios. Visto superficialmente,

contiene muchos aspectos ridículos que se prestan fácilmente a la burla; burla con la que algunos justifican su inactividad política. Sin embargo, tiene más futuro que la conformidad congelada o el cinismo despectivo.

La dinámica del movimiento exige que se juzguen las organizaciones de la nueva izquierda no tanto en términos de sus consignas actuales o de sus declaraciones oficiales, sino en términos de su capacidad para transformar sus propios pensamientos y actuaciones durante la evolución de rebelde a revolucionario.

II. El despertar de la conciencia.

Tarde o temprano, todas las personas sensatas se dan cuenta de que las injusticias permean nuestra vida. La primera toma de conciencia puede referirse a cualquier aspecto de la vida, dependiendo de la capa social a la cual pertenece la persona en cuestión y de los ideales que le rodean.

Para el joven trabajador, la injusticia aparece primero bajo la forma de mala suerte o de una tragedia personal – el desempleo, la deuda creciente, la necesidad de dejar la escuela demasiado joven o de emigrar para poder ganarse la vida. Otros se dan cuenta primero de la condición colonial de su país, del monopolio extranjero, del servicio militar obligatorio, del desprecio hacia su cultura.

El estudiante es especialmente sensible a las contradicciones entre la palabra y los hechos. Le hablan de libertad, pero le aconsejan la conformidad. Le hablan del milagro de Puerto Rico mientras una cuarta parte de la población vive del mantengo. Le hablan de libertad de prensa, pero lo que ve es la libertad de dos o tres empresas a manejar la noticias. Le dicen que el empleado público está al servicio del pueblo, mientras ve que el pueblo es lo menos que le preocupa al burócrata. El joven agrónomo, técnico o economista que se entrena para servir a su país choca de pronto con el cinismo y la apatía de sus colegas (“¿Qué te pasa, quieres quitarme el puesto?”) y pronto ve sus mejores ideas frustradas.

La conciencia es una cosa frágil y puede romperse al chocar con injusticias aparentemente invencibles. Al darse cuenta de las injusticias puede decidir que “así es la vida,” y la aprovecha lo más posible. El joven idealista de ayer se convierte en el comisionista cómoda de mañana que aconseja a sus hijos: “cuando era joven, yo también... así es el mundo... eso está bien mientras uno es estudiante, pero... hay que ser realista...”

El trabajador, que puede huir con menos facilidad de su situación, se hace “listo” y pretende resolver sus problemas a costa de los demás, o se convierte en borrachón para olvidar.

Pero hay otro camino. Puede indignarse contra la injusticia y el sufrimiento en términos de una condena moral: “es que no debieran tratar así a la gente; que el burócrata no debiera haber una ley que haga esto o lo otro; que es intolerable el desperdicio de nuestros recursos y talentos.”

Puede entonces denunciar la hipocresía, la apatía, la mala fe de un patrono, de un gobernador o de un jefe. Y viendo el espectáculo de la sociedad podrida, pasa de la crítica a la rebeldía, proclamándose, quizás, revolucionario.

Llamarse revolucionario está muy de moda hoy y es admirable en el sentido de que representa una dedicación a fines allende el egoísmo comercial que domina nuestra vida. Pero, ¡si hasta una caja de detergente se anuncia como revolucionaria! Para ser revolucionario de verdad se necesita algo más que pedir sangre y ofrecer su vida por la patria siempre que haya suficiente público.

Esa etapa de rebeldía se caracteriza por una actitud de condena moral y subjetiva de la injusticia y por un programa moral de valor y de sacrificio contra la cobardía y el egoísmo, de honradez contra la mala fe y la hipocresía. Se caracteriza, además, por una visión demasiado simplificada del mundo: por la denuncia de lo que merece la denuncia, pero sin un programa constructivo como alternativa; por una perspectiva errática de entusiasmo con esperanzas de victoria inminente que alternan con la desanimación y las lamentaciones por una u otra falla del pueblo. La actuación del rebelde parece estar dirigida a mantener su alma pura y su bandera sin mancha más que a lograr la transformación de la sociedad.

La rebeldía es una etapa en el proceso de maduración política. Pero hay que trascenderla para pasar de rebelde a revolucionario. Para ello es imprescindible:

1. Pasar de una actitud subjetiva y moral a una evaluación objetiva de sociedad. Esto supone reconocer que la fuente de la injusticia es la estructura de la sociedad.
2. Pasar de un concepto demasiado simplificado del mundo a uno que reconoce que la realidad es compleja y contradictoria.
3. Pasar de la denuncia negativa a un programa que sea constructivo también, que no sólo rechace la sociedad actual sino que demuestre la posibilidad de una mejor.
4. Lograr mantener la integridad revolucionaria.
5. Pasar de una perspectiva errática con esfuerzos esporádicos a una perspectiva realista que no tiene que auto-animarse con ilusiones y que tenga un programa de trabajo a largo plazo.

Comentemos cada una de estas etapas.

III. La estructura de la sociedad es la fuente de la injusticia.

El revolucionario tiene que mirar detrás de la mala fe y la hipocresía, de la apatía y el egoísmo personal para ver el origen de estos males en la sociedad. Tiene que decidir cuáles de las injusticias son corregibles dentro de la sociedad actual y cuáles son partes fundamentales de la sociedad capitalista-colonial. Por eso, la carrera del revolucionario no empieza afilando machetes, sino estudiando economía política.

Esto no quiere decir que el revolucionario abandona la moral; la reacción apasionada contra la injusticia siempre queda como la fuerza motriz de nuestra motivación. Insistimos, sin embargo, en distinguir entre lo que es y lo que debe ser, en una actitud científica siempre en tensión dinámica con la pasión del luchador.

Es una proposición fundamental del revolucionario que la mayoría de las injusticias que padecemos tienen su origen en la estructura de nuestro país como sociedad capitalista colonial, y que las compartimos con muchas otras naciones de herencia cultural distinta a la nuestra. Quiero anotar de paso que cuando hablo de capitalismo o de colonia no use estos términos como palabras huecas por el abuso que de ellas se ha hecho, sino como categorías económicas. Digo capitalista porque la producción está en manos privadas – individuos o corporaciones – que alquilan mano de obra y porque la producción tiene el propósito único de obtener una ganancia. Digo colonial porque los capitalistas que predominan en nuestra economía son los norteamericanos, porque los capitalistas puertorriqueños quedan subordinados a éstos por mil vinculaciones, y porque el gobierno de la isla responde en términos generales a los intereses del capitalismo norteamericano.

Apoyo esta proposición con tres ilustraciones que indican que no se trata de problemas sociales aislados, sino de manifestaciones de un mismo sistema social.

(A.) ¿Por qué está estancado el interior de Puerto Rico?

A pesar de todos los esfuerzos de Fomento, es de conocimiento general que los pueblos pequeños del interior están en crisis económica y que una proporción elevada de la población vive del mantengo. También es de conocimiento general que en la zona cafetalera coexisten la escasez de manos y el desempleo, mientras continua la emigración hacia la costa.

La razón fundamental es que lo más que Fomento puede hacer es señalar al capital norteamericano dónde puede hacer grandes ganancias. Pero como no existe ninguna razón por la cual una compañía del norte tenga que establecerse en Ciales en vez de Bayamón, puesto que esa zona no le va a proveer mayores ganancias, la tarea de Fomento es muy difícil y la zona entera resulta árida para el capitalismo.

Si es así, ¿por qué no establece el gobierno sus propias fábricas en las montañas?

Primero, porque aún bajo la Administración del gobierno, tendría que competir con los monopolios sin ninguna protección, y, segundo, porque un programa tal tendría la mancha socialista, provocaría la oposición en Washington y ahuyentaría a inversionistas potenciales.

Hay quienes afirman que la decadencia de la altura se debe a características del hombre de negocios – que no se arriesga con inversiones industriales porque prefiere el comercio y la especulación, etc. Pero esto es característica de la burguesía colonial dondequiera. Cuando notamos que el mismo patrón de auge comercial, especulación e industrias livianas en una zonas combinado con el estancamiento del resto del país ocurre también en Venezuela, en Arabia Saudita, en Malaya, etc., la creencia de que se trata de un aspecto general de la economía colonial y no de las idiosincrasias del puertorriqueño se hace enteramente plausible.

(B.) ¿Por qué no puede resolverse el problema de la congestión del tránsito?

Este no es un problema especialmente colonial y que se encuentre en todos los centros capitalistas, pero si es un problema del capitalismo. Primero, el uso de terrenos alrededor de nuestras ciudades es resultado de la especulación en bienes raíces. La inflación en los precios de esos terrenos obliga que los centros urbanos se dediquen al comercio y localiza las viviendas de la clase media en los suburbios.

Además, el papel central de la industria automovilística en la economía capitalista determina que la gran parte del movimiento entre los suburbios y los centros de empleo se realice en vehículos privados. Los gobiernos invierten entonces mucho más en carreteras que en el desarrollo de un sistema de transportación pública eficiente y la localización de centros de compra, escuelas, etc., hace casi indispensable la posesión de un carro en las urbanizaciones.

(C.) ¿A qué se debe el bajo nivel de la labor académica en nuestra Universidad?

El bajo nivel de los estudiantes no se debe a falta de inteligencia sino a falta de motivación. En una sociedad tan comercializada como la nuestra, la Universidad es únicamente un camino para conseguir empleos lucrativos. Por eso muchos estudiantes se dan de baja después de dos años pasando así a ocupar posiciones en el comercio. Para ellos, lo importante no es lo que estudian sino que conste en su récord que han cumplido con tantos o cuantos requisitos y que han acumulado tantos créditos. Muy pocos pueden darse el lujo de estudiar algo solamente porque les gusta, y casi nadie lo hace porque ese algo sería útil a su país más adelante.

La experiencia histórica demuestra que el ambiente más creador para una universidad es aquel en el cual la responsabilidad social se combina con el interés en un campo de estudio, resultando así una motivación sólida para esforzarse en el estudio. Este es el ambiente que se encuentra en algunos de los países nuevos, pero que muy difícilmente podría servir de estímulo aquí excepto para grupos como los estudiantes independentistas que están socialmente motivados hacia su país.

El estudio de las fuentes de los problemas sociales no lleva a la conclusión de que no se trata de cuestiones distintas que deban resolverse por separado y empíricamente, sino de un síndrome que hay que resolver en su conjunto. Por ejemplo, constituyó un adelanto muy importante el que el movimiento independentista llegara a darse cuenta de que los problemas nacionales y sociales son inseparables, que comprender la estructura económica del imperialismo es imprescindible para una lucha independentista, y de que no pueden resolverse los problemas sociales sin una organización social que no se permitiría nunca en una colonia.

Al mismo tiempo, un análisis a fondo nos facilita separar las cuestiones fundamentales de las cuestiones triviales. Por ejemplo, la manera de vestir los turistas a veces provoca una reacción de resentimiento entre los estudiantes igual a la que causan las bases militares o el monopolio económica entre ciertos rebeldes independentistas. Pero la verdad es que si van tapados hasta los ojos, como en algunos países musulmanes, o si caminan desnudos por San Juan, no afecta eso para nada el status de Puerto Rico como colonia.

De modo que la transición de rebelde a revolucionario incluye la transición de anti-americano a anti-imperialista.

IV. El mundo es complejo y contradictorio.

Una vez que dejamos de concebir la historia como la lucha de los valientes contra los sometidos, de los honrados contra los comprados, una vez que empezamos a estudiar el mundo como es, nos encontramos con muchas complejidades y contradicciones. Frente a esas situaciones complicadas, el revolucionario no puede extraer solamente lo que le conviene para así obtener un concepto homogéneo y simplificado de la vida. Tampoco puede optar por la contestación que establece que todo es demasiado complejo para entenderse, que todas las alternativas son tonos de gris, y por lo tanto, no podemos actuar.

Es el deber del revolucionario estudiar estas complejidades y trazar sus entrelazamientos. El revolucionario analiza para actuar, pero se da cuenta de que todas las decisiones se toman con información incompleta y tiene siempre que estar pendiente a la nueva información para cambiar sus ideas.

Una de las sobre-simplificaciones más dañinas es la de tomar un par de palabras opuestas y contraponerlas como alternativas mutuamente excluyentes: reforma contra revolución, sinceridad contra hipocresía, victoria contra derrota, aliado contra enemigo.

Consideremos el primer par. En términos generales, la reforma se refiere a una medida de corregir un defecto de la sociedad sin tocar sus estructuras básicas, mientras que la revolución es la reestructuración fundamental de la sociedad. Por eso, los objetivos del reformista y los del revolucionario confligen y generalmente los llevan a movimientos antagónicos. Pero la revolución y la reforma pueden entrelazarse en sus actuaciones de varias maneras: la reforma puede preparar el terreno para la revolución, por ejemplo.

Un pueblo que logra reformas parciales puede, a través de ellas, fortalecer su conciencia, ganar experiencia, elevar sus aspiraciones, llegar a conocer cuáles males son remediables y

cuáles no son remediables dentro de la estructura actual. También es muy común que la existencia de un movimiento revolucionario obligue a la derecha a hacer concesiones a los reformistas, y esto provee a los reformistas de un arma para regatear y cambia el centro de gravedad política hacia posiciones más radicales – fortaleciendo a los reformistas –, y logra la reforma. Donde la política reformista es el arte de lo posible, la política revolucionaria crea la posibilidades.

Por otra parte, una ola revolucionaria puede provocar a los reaccionarios a una supresión total, a una rigidez que repudie concesiones y reformas. O la reforma puede ser un arma contrarevolucionaria, constituyendo la pequeña concesión la promesa de más cambios sin necesidad de un cambio fundamental. La reforma y la revolución se interpenetran, como vemos, se estimulan y, a veces, chocan.

Consideremos una situación compleja de la actualidad: ¿quién es Jaime Benítez?

La lucha por la reforma universitaria ha girado en torno a la persona del Rector en una forma que ha oscurecido los problemas verdaderos envueltos. Los reformistas lo denuncian por intrigante, arrogante, egoísta, hipócrita, etc. La izquierda lo denuncia, además, por reaccionario que usa al liberalismo como disfraz. La derecha lo denuncia por izquierdista, citando el caso de Lima, su apoyo a Juan Bosch, su oposición al Macartismo en Estados Unidos. La problemática es: ¿quién es Jaime Benítez? ¿cuál es su ideología? ¿cómo se explican sus actuaciones?

No nos interesan las cualidades personales de nuestro Presidente. Si es arrogante, ¿sobre cuáles temas? Si es hipócrita, ¿qué fin persigue con la hipocresía? Si intriga, ¿a favor de qué? Si es egoísta y ambicioso, ¿cuáles son sus ambiciones? En fin, ¿cuál es su filosofía política?

Primero, Benítez es un liberal con todos los bienes y males de esta posición. La filosofía liberal aboga por mantener el sistema vigente en el poder utilizando un mínimo de fuerza y represión. Defiende el más amplio margen de expresión libre dentro del sistema y aún la oposición al sistema si ésta resulta ineficaz.

Ahora bien, Benítez, como hombre de visión amplia, define el sistema en términos amplios. No lo limita al partido en el poder sino al conjunto de los partidos y sectores pro-imperialistas. Y cuando estima conveniente suprimir la discusión libre, suprimir los derechos tanto de los estudiantes como de la facultad, lo hace porque lo considera necesario para defender su sistema, y no por malicia – como es el caso de un cierto sector de la prensa.

Frente a la Universidad, el liberalismo de Benítez se expresa en dos direcciones: la política y la académica. Desea tener una universidad técnicamente competente, con un alto nivel de preparación profesional, que prepare servidores hábiles para el gobierno y el comercio: servidores que aceptan la actualidad como necesaria y que apoyan fácilmente los intereses del imperialismo. Benítez también desea una universidad que se destaque entre las universidades de la América Latina, como vitrina de la vitrina, como centro para atraer a los demás países hacia el camino capitalista-colonial-liberal y como centro para aconsejar a Washington sobre cómo mejor mantener su dominio.

Pero dentro de nuestra sociedad comercial-colonial las dos metas deseadas por Benítez confligen. La facultad incluye a centenares de personas para quienes se puesto académico es la única manera de “subir” en el mundo; éstos tienen poco interés en la vida intelectual en general y en su campo en particular, y resistirán hasta lo último cualquier esfuerzo por mejorar la calidad del trabajo académico y eleva así su nivel.

Estos miembros de la facultad, situados dentro de la clase más o menos acomodada, apoyarán plenamente los esfuerzos de la Administración para sofocar la disidencia política seria, el fermento intelectual que caracteriza a una universidad seria.

Para retener el apoyo de ese elemento en la macropolítica, Benítez tiene casi que rendirse a ellos en la micropolítica universitaria. Tiene que tolerar la ineficiencia, la apatía, los personalismos, la mediocridad intelectual. Tiene que tolerar el discrimen racial en las fraternidades, no por ser racista, ¡sino por ser liberal!

Por otra parte, la necesidad de tener cierta calidad y atrevimiento intelectual dentro de los varios campos de estudio, obliga a la Universidad a tener personas que no serán conformistas en sus creencias políticas. La Administración quiere tener el visto bueno de la Middle States Association y de la American Association of University Professors. Por eso no puede suprimir a los radicales por ser radicales.

Pero, en ese punto, sus aliados necesarios y naturales de la derecha comienzan a ejercer presión a través de la “prensa libre.” Surgen entonces como resultado la micro-intrigas administrativas, las pequeñas hipocresías y la insinceridad general.

La situación universitaria presente puede describirse aún sin mencionar a don Jaime. Refleja el choque entre tres fuerzas: los mediocres del status quo comercial que no quieren cambio alguno, una Administración que desea cierta excelencia académica combinada con docilidad política en una sociedad comercial-colonial, y una oposición político-académica.

Así podemos ubicar a la hipocresía-dentro-de-la-sinceridad; al pequeño intrigante dentro del hombre de visión liberal. Podemos, además, definir nuestra actitud hacia el Presidente y su Administración como una de cooperación dentro de conflicto: conflicto porque ellos desean un colegio estatal, nosotros una Universidad nacional; cooperación porque ambos queremos elevar el nivel académico, ellos con propósitos de vitrinismo y nosotros para preparar cuadros para la República.

V. De lo destructivo y lo constructivo en nuestro programa.

Un movimiento revolucionario serio tiene que mantener una tensión permanente entre los aspectos negativos y los aspectos positivos de su programa, entre el denuncia y el proponer, entre la condena de una sociedad injusta e irracional y las perspectivas de un orden mejor. Es imprescindible que sea así porque:

1. aun mientras luchamos por una reconstrucción radical de la sociedad, no podemos quedar indiferentes a las posibilidades de aliviar el sufrimiento dentro del sistema. El movimiento revolucionario, como no tiene las manos amarradas por lealtades al partido en el poder o al sistema, está libre para proponer remedios aun cuando señala las limitaciones de éstos.
2. Hay pocos entre las masas hoy en día que dirían que todo va bien con el gobierno. Si nos apoyan es porque creen que las injusticias actuales no tienen remedio, o que se están remediando de la mejor forma, o porque dudan de la posibilidad de una independencia visible y justa.
3. Reconocemos que si por un milagro nos encontráramos en el poder mañana, sería un desastre. Formularíamos una constitución formidable, ya que contamos con muchos abogados capacitados, y sin duda estableceríamos el Museo Nacional de Arte, ...pero, ¿cómo vamos a cambiar el patrón agrícola? ¿Qué pasos tomaríamos para el desarrollo industrial?

En una época en que los movimientos libertadores no sólo reclaman la independencia sino que también a veces la conquistan, sería irresponsable no preocuparse para la reconstrucción de la sociedad que supone la revolución.

Esto no quiere decir que necesitamos un plan detallado de lo que debe hacer el gobierno de la República – eso le tocará a otros. Pero sí debemos estudiar todos los problemas del país desde un enfoque que no acepta las limitaciones impuestas por la colonia, que no de por sentado y único lo que existe en el momento. Hay que demostrar que la independencia es la oportunidad para aprovechar la experiencia de todo el mundo para resolver racionalmente problemas que, en la actualidad, se tratan por intereses particulares, por espontaneidad o como lo hagan en el norte.

Por ejemplo, nuestro sistema legal sigue el patrón de los Estados Unidos en lo esencial. Cuando aquí se habla de reforma judicial, sólo se quiere decir la creación de dos o tres plazas de juez o de unos medios para acelerar los calendarios de los tribunales. Mientras tanto, el proceso jurídico es todavía una competencia entre abogados más que la búsqueda de la verdad. Entiendo que el sistema legal de México es diferente a este respecto – con menos restricciones formales en la ley de evidencia y con más participación directa del juez, un juicio tiende a establecer mejor los hechos. Eso no quiere decir que yo abogaré por la adopción del sistema mexicano aquí. Pero sí implica que es una alternativa que ni siquiera se ha considerado en Puerto Rico; una de las muchas alternativas que hay que estudiar.

Lo importante es que una vez que rompamos las restricciones impuestas por el capitalismo colonial, nuestros técnicos, agrónomos, economistas, y maestros, se enfrentaran al reto de la reconstrucción social en un ambiente donde sus ideas serán consideradas seriamente, sus esfuerzos resultarán útiles para la sociedad y su trabajo tendrá significado más allá del sueldo que devengan.

La preparación para el futuro no puede limitarse a señalar las posibilidades que abrirá la liberación nacional. Después de la experiencia mundial de las revoluciones socialista y nacionales, sabemos que la toma del poder por los revolucionarios no garantiza una sociedad justa. Una vez que termine el pillaje extranjero, la riqueza rescatada abrirá posibilidades de robo y corrupción a una parte del pueblo liberado, incluso a sectores del liderato revolucionario. En muchos países, el logro de la independencia ha culminado en un aborto de la revolución que fácilmente revierte al dominio neo-colonial.

Y si la revolución se consolida tendrá que enfrentarse a tres problemas fundamentales que aún no se han resuelto satisfactoriamente:

1. los métodos de planificación;
2. las formas de garantizar la democracia revolucionaria contra las tendencias hacia el abuso del poder;
3. las normas de relaciones internacionales entre naciones revolucionarias.

Mientras más no preparemos ahora, mayores son nuestras posibilidades de resistir los trastornos de la transformación revolucionaria.

VI. Perspectivas.

El revolucionario no tiene que nutrirse de ilusiones. El sabe que la lucha es larga y ardua. El hecho de que vivimos en la época de revolución no garantiza la fecha de la victoria ni señala toda una serie de derrotas y de victorias a medias antes de la victoria “final.”

Mas no hay una victoria final. El establecimiento de la República, aun el desarrollo de una sociedad socialista, solamente cierra un capítulo en la historia y abre otro. A pesar de que la “Prensa Libre” goza con referirse al “paraíso” revolucionario entre comillas – como si alguien lo alegara así – el revolucionario se da cuenta de que el paraíso terrenal está perdido y de que la lucha por la libertad es nuestra condición permanente.

Hasta el propio concept de victoria y derrota tiene que verse en términos relativos, y podemos reconocer victorias dentro de derrotas o derrotas dentro de victorias. Consideremos, por ejemplo, la aprobación del Estado Libre Asociado. ¿Fue una victoria o una derrota? No hay duda de que, a corto plazo, fue una derrota puesto que una vez más Muñoz logró el endoso del pueblo, el voto apareció como aceptación de la colonia y sembró ilusiones sobre la naturaleza del imperialismo.

A largo plazo, sin embargo, podemos ver al ELA no como la preferencia de Washington, sino como se respuesta al nacionalismo puertorriqueño. Muñoz cosechó lo que sembró Albizu.

Ya vemos que el ELA no logró su propósito principal, el de resolver una vez y para siempre la “cuestión del status.” Dio más autonomía a Puerto Rico y así ha fomentado el crecimiento de la conciencia nacional. Por eso la historia constitucional de Puerto Rico es, en cierto modo, una victoria delineada en derrotas.

Por otra parte, el retrainimiento electoral representa lo opuesto. El hecho es que las leyes electorales, la estructura de los partidos, las costumbres de votación, se combinan para impedir el uso constructivo de las elecciones por parte de la izquierda revolucionaria. Además, el reflejo de la experiencia electoral en la conciencia de la militancia es tal que muchos nunca podrían participar en campañas electorales con entusiasmo. De esta manera es una derrota. Per: el reconocimiento del hecho, el llamamiento a no votar, el uso de la campaña para educar sobre la política – en vez de perderse en procedimientos vacios – representan el contra-ataque: una victoria dentro de la derrota.

Casi todas las escaramuzas son así – tienen elementos de victoria y elementos de derrota – porque no nosotros ni el enemigo somos omnipotentes. Y el movimiento revolucionario tiene que evaluar la experiencia de cada batalla en toda su complejidad.

Es costumbre entre los políticos del “movimiento 31 de febrero” aplaudir cada gestito como una gran victoria, proclamar cada debate como un triunfo y creer oír temblar al imperio cada vez que suben a la tribuna. Pero el orgullo del revolucionario no consiste en ganar siempre ni en tener la razón siempre. El orgullo del revolucionario, como el del científico, es que aprende de su experiencia, que reconoce sus errores y fallas a tiempo, y que comunica la verdad a los demás.

El revolucionario no recurre a excusas para explicar la situación actual. Puerto Rico no es una colonia porque los norteamericanos tengan tantas o cuantas tropas aquí, ni porque mantengan las fuerzas represivas trabajando día y noche. Estas fuerzas están como reserva, por si acaso. Pero el régimen actual rige hoy en día porque el pueblo lo acepta – con o sin criticas, con o sin reservas potenciales de sentimiento nacional, con o sin entusiasmo.

Y nosotros, que creemos que es un régimen injusto, innecesario, predatorio y podrido, reconocemos que nuestra tarea básica en convencer al pueblo de que una República izquierdista es deseable, necesaria y factible.

El proceso de convencer, de educación política, no es uno de enseñanza pasiva. Todas las luchas políticas – la defensa de nuestros recursos naturales, la insistencia en los derechos civiles, el desafío a las leyes injustas – tienen todas el propósito a lo largo de educar, de convencer con la experiencia.

Y mientras los rebeldes del “31 de febrero” alternan entre la ilusión de que el pueblo está de nuestra parte (y por eso debemos ir a la Sierra!) y la desesperación de que el pueblo está comprado o perdido o es tonto (y por lo tanto, ¡a la Sierra!), los revolucionarios seguimos organizando, educando, debatiendo, resistiendo.

Cuando “el movimiento 31 de febrero” evalúa su trabajo se preocupa más por el esfuerzo que por el resultado. Informa cuántas hojas sueltas se han repartido, pero no cuántas se leyeron. Informa cuántos mítines se han celebrado, pero no cuántas personas han cambiado de opinión como resultado de ellos. Nos dicen cuáles atropellos condenaron pero no cuántos detuvieron. Actúan con orgullo como si su propósito fundamental fuera poder decir a sus nietos en un tiempo feliz, “pues, yo, aún antes de la revolución...”

Pero sea cual sea la tarea del momento, sea montar piquetes o estudiar la historia, discutir o actuar, dentro del salón de clase o en la calle, el revolucionario hace lo que es necesario sin necesidad de estímulos falsos. Se anima con su repudio de la injusticia, con su comprensión de la actualidad, con su visión del futuro. La vida de un revolucionario requiere esfuerzo sostenido y a veces sacrificios grandes. Pero también provee los medios de dirigir sus capacidades más allá de su bolsillo o de su puesto.

Como lo resumiera un viejo revolucionario: “El don más preciado del hombre es la vida y solamente le es dable vivir una vez. Debe vivirla en forma tal que no sienta el remordimiento y la angustia de años sin propósito; en forma tal que no le consuma la vergüenza de un pasado cobarde o trivial; en forma tal que pueda decir al morir: ‘todo el esfuerzo de mi vida lo di a la más noble causa del mundo – la lucha por la liberación de la humanidad.’”